

SEXISMO EN EL LÉXICO

En un artículo publicado no hace mucho en este periódico, avanzaba yo la opinión de que no había sexismo en el género gramatical del español, sólo malas interpretaciones. Decía que, en cambio, sí lo había en el léxico, y prometía escribir algo sobre ello. Vamos al tema.

Hace pocos años, en un simposio que celebró en Barcelona la Sociedad Española de Lingüística, una profesora catalana se quejó amargamente de que en español «cojonudo» fuera un término de valoración positiva: algo así como, «estupendo, magnífico». Y, en cambio, un «coñazo» es un terrible latazo, una insostenible pesadez. ¿Por qué esa discriminación, cuando en los dos casos se alude a órganos que se limitan a cumplir modestamente su función fisiológica?

Ella decía que era sexismo flagrante. Y creo que tenía razón. Se trata de estereotipos sobre la superioridad masculina que el léxico conserva. Como en eso otro que se cita tantas veces, lo de «hombre público» frente a «mujer pública», con sentidos tan diferentes. Y en algunas expresiones, más.

El léxico del español y el de cualquier lengua es un depósito de términos y giros que proceden de actitudes mentales parciales y erradas, de estereotipos superficiales y tontas generalizaciones. Proceden de aquí o de allá y dan viveza a la lengua, pero son aceptados por el común fuera de toda racionalidad. ¿Qué hacer con ellos?

Si esto es un consuelo (por aquello de «mal de muchos...») hay que decir que ese estereotipo del sexo es uno entre muchos. Hay montones de designaciones que han pasado, en ocasiones, de ser meramente descriptivas a introducir juicios de valor parciales o torcidos.

Así, diversos nombres de profesiones y de grados: «sargento» («esa mujer es un sargento»), «hortera», «bombero», «sacamuelas», «cochero». Nombres de grupos sociales: «rústico», «patán», «aldeano», «rural», «gañán», referidos todos a los hombres del campo. La gente del espectáculo va bien servida: «farsante», «payaso», «histrión», «cómico», «bufón», «hipócrita». Añádanse las designaciones de grupos religiosos o políticos: «hereje», «comunista», «fascista», «rojo». Nombres relativos a razas o pueblos, a naciones o regiones: «moro», «judío», «gitano» («es un moro, un judío, un gitano»), «sueco» («hacerse el sueco»), «indio» («hacer el indio»), «negro» («trabajar como un negro»), «chino» («engañarle a uno como a un chino»), «escocés» («tacaño como un escocés»), «gallego» («es muy gallego»).

Francisco Rodríguez Adrados pronuncia hoy su discurso de ingreso como académico de número de la Real Academia Española. El lingüista y filólogo salmantino, colaborador habitual de ABC, es una de las máximas figuras mundiales en el estudio del griego clásico. Ofrecemos a los lectores el último artículo que nos ha enviado.

Estos son algunos ejemplos. Hasta los indefensos animales, que no se quejan en los simposios, son víctimas del procedimiento: sus estereotipos vienen de muy antiguo, de fábulas, símiles y proverbios animales. Se puede acusar a alguien de ser un asno, un mulo, una víbora, un cerdo, una hiena, un tigre. Se puede llevar una vida de perro (peor aún, ser «un perro judío»). No es muy elogioso para una mujer que se la compare con un caballo o una vaca. ¿Y qué decir de la zorra y el cabrón? ¡Inocentes animales!

¿Qué hacer, repito, con todo esto? ¿Prohibirlo? No creo que nadie tenga autoridad para otra cosa que para declararlo de mal gusto. Y, además, sería ineficaz. La lengua tiene otros mecanismos para curar, con el tiempo, el cúmulo de opiniones arbitrarias que arrastra, a veces desde antiguo, en su léxico.

Lo primero es esto: esos estereotipos no son universales, a veces hay conflicto entre ellos. Hay una «vida de perros», «morir como un perro», pero también se puede ser «un perro fiel». Existe el «picapleitos», pero «abogado» tiene muchas veces una valoración positiva (la Virgen es «abogada nuestra»). Frente al juicio negativo sobre actores y demás se puede decir de alguien elogiosamente que es «un buen actor». Igual ambivalencia hay en «político» y en tantos términos más.

Lo mismo con el sexo. No siempre lo masculino está supervalorado. «Chorrada» viene de «chorra», que es el miembro viril. El órgano femenino da lugar a exclamaciones tan poderosas como otras que se refieren a órganos

masculinos. Cuando el famoso «¡sientense, coño!», parece que casi todos se sentaron. El mismo acto sexual es ambivalente: «eso me jode» y «eso me

mola» significan cosas contrarias, aunque el origen es el mismo. Hay mucho sexismo, es cierto, pero no todo es discriminatorio en el sentido indicado a principio.

Pero, sobre todo, la lengua tiene dos recursos que son importantes. Uno es el olvido, el desuso, cuando cambian las circunstancias sociales y los juicios de valor. Ya no se dice lo del «hombre público» y la «mujer pública», ni lo del «perro judío», ni lo de «rojo» y demás. Contribuyamos a ese olvido no usando esas expresiones.

El otro recurso es más sutil: la palabra se conserva, pero se pierde la conexión con la raíz. Es lo que yo llamé la desmantelización. ¿Quién recuerda ya que «cretino» era «cristiano», «hortera» «empleado de comercio», «majadero» «que vivía en la majada»? Claro que con el cambio se crean expresiones nuevas y menos ofensivas: se inventó lo del tercer mundo como un nuevo valor positivo vean en qué ha quedado el tercer mundo. Acabará por olvidarse el origen y ser objeto de una nota erudita.

Así con el sexo. La mejor venganza de las mujeres es apropiarse de las valoraciones positivas de lo masculino o lo macho. Estaba yo en un pueblo de Castilla en fiestas y las niñas cantaban alborotadas por las calles: «Somos cojonudas». En el sentido etimológico no hay duda que estaban en error, pero evidentemente lo desconocían. En el sentido figurado seguro que tenían razón.

Recuerdo a este propósito que un profesora de español de un lugar de La Mancha (y no quiero acordarme, evidentemente, de su nombre) me contaba que un día repasaba en clase con los niños las niñas los grados de comparación: «¿Cuál es el comparativo de "bueno"» preguntaba: «mejor», contestaba el alumno. «¿Y el superlativo?» «Cojonudo», coreaba la clase. Mayor desmantelización, imposible.

Así es la lengua. Hay que ser optimista sobre ella, aunque es lenta y contradictoria, la verdad. Ese basurero de juicios antiguos que arrastra al léxico limpiándolo poco a poco (a veces introduce otros). Es depurado por olvido de los términos o de su sentido original. Fijemos ayuda al proceso no usando ciertos términos y usando otros, simplemente, con un nuevo valor general, lej de los tópicos antiguos.

Francisco RODRÍGUEZ ADRADOS